

DANIEL COLLADO AZORÍN

Ensueños de fría sombra



éride ediciones

Prólogo

Creo en el Hombre,
dominador de sí mismo,
rey universal;

creo en el día y en la noche
de ese inquietante abismo,
para bien o para mal.

Creo en su sueño,
creo en su realidad
¡Ah, Amor, Verdad!
¿Quién es su dueño?

I

Hora de soledad

Hora de soledad
y denso hastío,
cansado de lo humano
tanto como de lo divino,
en este ser infernal,
busco la voz y la voz
no me contesta:
y exhalo, como un suspiro,
la protesta, tenaz
pero inaudita;
Amo ese fantasma,
—¿Dios? ¿Amada?—
que a perseguirle
me llama, me invita:
y no vencer...
¡Pero tampoco rendirme!

II

En el templo sagrado
guardo mi tiempo,
mi tiempo pasado,
y también el eterno.

Para que en este presente
todos los que te lloramos,
por los siglos pervivamos
en la memoria inconsciente.

¡Hombre de la Historia!
Dame la fuerza,
pues lo que ama mi memoria
no lo encuentro ya en la Tierra.

A ti elevo mi plegaria,
a ti que estás en mi cielo.

Sin duda ya pasó el tiempo santo
de aquellos días en que agua y viento,
aún eran gritos, aún eran llantos,
pero mira: el cisne ha muerto.

Por eso, Oh Dioses,
favoreced a quien el horizonte mira;
a aquel que busca el norte
con la mirada perdida;
a aquel cuyo espíritu,
vaga y no camina;
al que sus anhelos
se elevan multiformes;
favoreced el anhelo desesperado
cuyo cuerpo castiga;
favoreced la mirada celeste
que busca buenos augurios,
entre nubes de malos presagios;
favoreced a quien al horizonte mira,
esperando con fe la hora de su partida;
pues sabiendo su suerte,
en su oración postrera,
bendijo su vida, por haberla vivido;
su fin tan sufrido, por haberle llegado;
y su nueva morada, en su nueva Tierra,
a la que por sendas desconocidas, ignoradas,
se encamina confiado.

Por eso, Oh Dioses,
favoreced al que fuera:
Señor, si este es tu mundo,
ámale,
y aunque el hombre olvida,
perdónale,
en la apoteosis de tu voluntad divina;
así sea.